

Sarajevo blues

Jónatham F. Moriche

para Judith Linô, casualmente

I

El avión aterrizó a primera hora de la mañana, atravesando la niebla como una daga apresurada. Los viajeros fueron bajando con rapidez, rutinariamente. Entre ellos Xavier apenas destacaba, quizás por su físico atlético y su mirada nerviosa. Y por su forzado aspecto indiferente. Tenía la barba descuidada y las gafas caídas sobre el puente de la nariz, y aferraba la bolsa de deporte con una mano fuerte y tensa. Tras consultar algunos horarios y deambular con calculada ociosidad, como quien espera a un amigo que se retrasa, por la terminal semivacía, divisó a Karl y a Roham. Pasó deliberadamente ausente ante ellos y les encaminó hacia los lavabos. Colocándose la bolsa entre los tobillos, empezó a enjuagarse las manos. Karl empezó a hacer lo mismo a su lado, Roham estaría probablemente fuera, vigilando.

- ¿Qué está pasando aquí? -preguntó Xavier, visiblemente tenso.

- Te están siguiendo. Saben todo lo que averiguaste, hace tiempo que te siguen el rastro.

Venían contigo en el avión, dos de ellos. Hablamos con los españoles y les han retenido en la pista, pero no podrán hacerlo más de media hora. Tenemos un pasaje para tí, para Mallorca. El avión sale en un cuarto de hora.

- ¿Y una vez allí?

- Aquí tienes una dirección. Te hemos alquilado una casa y hemos avisado a un par de amigos que el Servicio tiene allí. Trata de pasar desapercibido hasta que nosotros intentemos calmar las aguas. Espero que podamos llegar a un acuerdo con ellos. ¿Alguien más tiene copia de tus notas?

- Sólo Philippe, en París. Tiene copia de todas las cintas y los negativos.

- Llamalé. Ahora mismo. Que lo destruya todo. Telefonea también al periódico, diles que todo era una filtración falsa, de los iraníes, de quien sea.

- Van a matarme, ¿no?

- Estamos haciendo lo posible. Pero los franceses están muy enfadados por todo esto. Debiste parar a tiempo, cuando te advertimos. Y tus

amigos de Sarajevo lo están empeorando todo. Divovic está tratando de localizarte. Ellos le siguen también y tienen pinchado su teléfono, así que no trates de contactar con él. Ahora coge el avión. Allí te darán más instrucciones. Karl le extendió el billete y le hizo un gesto de ánimo, casi amistoso. Xavier salió tratando de recuperar su aire de indiferencia anterior. Al salir cruzó una mirada con Roham, que hojeaba el "Avui" apoyado contra la pared, frente a la puerta de los aseos. Consultó la puerta de embarque y se apresuró hacia ella.

II.

Christine descolgó el auricular y volvió a marcar, por tercera vez aquella tarde. Estaba de pie y veía la parte alta de Montmartre por el ventanal de su estudio, lleno de libros y decorado con reproducciones de pintores de principios de siglo. Esta vez no sonó la señal de comunicando, y su corazón se aceleró peligrosamente. Tenía los zapatos quitados y la blusa remangada, el rimmel corrido de llorar. Al otro lado de la línea se oyó descolgar. "Este es el contestador automático de la embajada de Bosnia-Herzegovina en París", escupió una desagradable voz femenina grabada, en un francés con profundo acento eslavo. "En

estos momentos no podemos atenderle, por favor, deje su mensaje tras oír la señal y nos pondremos en contacto con usted". Después, un desagradable chirrido metálico.

- Necesito ponerme en contacto con un miembro de su legación, el señor Nermin Divovic. Por favor, es muy urgente. Soy Christine Genet. Mi teléfono es el...

- ¿Es usted la mujer de Xavier Genet? -prorrumpió una voz grave al otro lado del teléfono, sobresaltando a Christine.

-Sí. ¿El señor Divovic está ahí?

- Soy Nermin Divovic. Llevo varios días intentando localizarla. El padre de Xavier no tenía ni su teléfono ni su dirección, y no figura en la guía. Supuse que se habría marchado de París.

- Recuperé mi apellido de soltera. Espero que podamos vernos.

- Esta misma tarde, ahora mismo. La vida de Xavier corre peligro. Dentro de dos horas estaré en la cafetería del hotel Ambassadeur, rue Legendre, 23, ¿de acuerdo?

En una furgoneta, frente a la embajada bosnia, el agente sonrió con satisfacción. Anotó la dirección y se la entregó al su acompañante mientras se quitaba los auriculares. Apagó el magnetófono. Se consideraba un profesional, y

este era un trabajo bien hecho, digno de él. Doce días de llamadas rutinarias y mensajes sin contestar. La ex-esposa de Genet era una mujer insistente.

- Estarán ahí dentro de dos horas. Después síguelos e informamé en cuanto empiecen a moverse. Si contactan con Linô habrá que intervenir.

III.

Ambos se conocían por las fotografías que Xavier les había enseñado. Christine tenía una en su estudio, en la que Nermin y su marido mostraban orgullosos una bandera bosnia. Xavier, aún en la cama con el hombro vendado, Nermin sentado a su lado.

Nermin era alto, y se veía en sus movimientos al soldado que se ocultaba bajo el elegante traje de tres piezas. Tenía rasgos típicamente mediterráneos, el pelo muy negro y corto. Antes de que llegara el café Christine rompió a llorar. El le tomó la mano y trató de tranquilizarla.

- ¿Qué diablos está pasando? ¿Por qué le persiguen?

- Averigué cosas que no debía. Cosas que comprometían a demasiada gente. Mi gobierno está atado de pies y manos. Los croatas no

quieren colaborar con nosotros, los alemanes nos dan largas y los franceses...

- ...los franceses...

- Probablemente están involucrados. Tengo algunos amigos en la CIA, han hecho averiguaciones, pero tu gobierno no quiere soltar prenda. He recurrido a algunos periodistas, un amigo de Xavier, un español, también nos está ayudando. Pero es una madeja demasiado complicada. Nadie quiere saber lo que pasó, a nadie le importan las responsabilidades. Una vez que se firmó la paz quieren hacer borrón y cuenta nueva, y prefieren olvidar los crímenes. Estamos en desventaja. Pero quizás tu sepas algo que pueda ayudarnos, algo que te dijera, algún comentario...¿Cuándo hablaste con él?

- Telefoneó el miércoles. Estaba muy afectado, tenía miedo. Dijo que estaba citado en Barcelona con unos amigos alemanes, que ellos le podrían ayudar a salir de esta. Nada más.

- ¿Tenía amigos íntimos? ¿Algún colaborador, quizás?

- No... bueno, sí, Philippe, Philippe Linô, su editor. Fue él quien publicó sus libros sobre la guerra. Solía mandarle sus notas y consultarle sobre el rumbo de sus investigaciones. Y Philippe le ayudaba, buscaba documentación, y utilizaba

su red para conseguirle contactos. Es un hombre bien relacionado. Probablemente sepa algo. Los ojos verdosos de Christine repararon en las manos de Nermin. Estaban tensas. El escribió algo sin bajar la mirada y se lo acercó con disimulo. "Nos observan", leyó Christine. Inmediatamente reparó en un hombre delgado y alto que, acodado en la barra, simulaba leer el "Libe" y bebía despaciosamente un refresco. - Lo teníamos previsto -dijo Nermin bajando el tono-, no hay problema. Vamos a salir despacio. No mires atrás.

Se levantaron despacio, Nermin se acercó a la barra y pagó los cafés. Salieron. El hombre delgado hizo lo mismo cuando salieron y les siguió. Anduvo tras ellos, por el vestíbulo del hotel. El bosnio hizo un discreto gesto a un joven rubio que esperaba sentado en el vestíbulo, que se levantó y comenzó a andar tras el hombre delgado. Cuando todos salieron, el joven se aproximó hasta colocarse justo detrás del hombre delgado. Christine observó de reojo como ambos se detenían. Supuso que el joven le estaba encañonando por detrás. Vió como le deslizaba la mano bajo la americana y le desarmaba con disimulo. Nermin le dijo que pidiera un taxi y retrocedió unos pasos, hasta llegar junto a ellos.

Intercambiaron unas palabras. Nermin cogió la cartera del hombre delgado y observó su contenido durante unos instantes. Después volvió con ella y tomaron el taxi que ya les esperaba.

- Documentación falsa. Pero no podemos hacer nada. Poljo le retendrá un momento. - le explicó Nermin dentro del taxi.

- Y no podríamos saber...

- Somos los perdedores de una guerra, Christine. Existimos por la caridad de los poderosos. Y no podemos arriesgarnos a un incidente diplomático. En una hora recibiríamos una llamada y nos ordenarían desde Sarajevo que le soltásemos. Ya no estamos en los tiempos de la guerra fría, esto no funciona como las películas de espías. Incluso habrá que devolverle su arma. Se quedaron en silencio. Nermin comprobó que no les seguían y después Christine le dijo al taxista la dirección de las oficinas de Linô. -¿Cómo conociste a Xavier? -preguntó Christine a medio camino.

IV.

-Estábamos en el segundo año de asedio. El peor momento. Los norteamericanos aún no habían autorizado los envíos de armas de los iraníes y los turcos -comenzó a narrar Nermin, mientras

encendía un cigarrillo rubio. Ofreció otro a Christine, que ella rehusó-, yo conocía a Xavier de vista, debía de llevar un par de meses en Sarajevo. Había demasiados periodistas allí como para conocerlos a todos. Hasta que me llamó. Yo trabajaba... trabajo para el servicio de Inteligencia de mi gobierno. El Holiday estaba plagado de espías, y cualquier periodista era otro espía potencial. Pero Xavier confiaba bastante en Arturo, un español, y fue él quien me llamó. Quedamos en una cafetería, una de las pocas que quedaba abierta. Xavier iba y venía en aquella época, París, Sarajevo, Belgrado y vuelta a empezar, como otros. No me imaginaba lo que se traía entre manos. No se anduvo con tonterías. Me enseñó las fotos, los documentos. Nosotros ya nos lo imaginábamos, pero no teníamos pruebas. Y no creíamos que hubiera tanta gente implicada. Pidió nuestra colaboración. Y empezamos a trabajar juntos. Incluso conseguimos interceptar algunos envíos gracias a su información. No sé cómo, pero tenía un contacto entre los serbios, o aquí en París. Un quintacolumnista, quizás. El fue engrosando su dossier. Hasta que empezaron los problemas. Le tirotearon en un control, pero supusimos que fue casual. Empezó a recibir presiones de su

periódico. La segunda vez ya vimos claro que fue un atentado. El salió malherido y mataron a su fotógrafo, que no sabía nada. Un día me llamó, estaba destrozado. Habían liquidado a su confidente, y él estaba desmoralizado. -¿Qué había descubierto, Nermin? ¿Qué era lo que nadie debía saber?

Nermin hizo una pausa larga, aspiró el humo despacio, saboreándolo, y después lo expulsó con parsimonia. Aplastó la colilla contra el cenicero. Contestó sin mirarla, con los ojos perdidos en la calle, en el tráfico y los transeuntes apresurados. Comenzaba a anochecer. - Habían vendido a mi país. Había mucha gente que consideraba una Bosnia soberana como un factor de inestabilidad, y suponían que una guerra rápida y limpia, una Serbia fuerte, facilitaría las cosas. Pero aguantamos el tipo, Sarajevo resistió. Esa gente no cambió de idea, a pesar de ello. Y mandaron allí a sus propios soldados, para lavar su imagen ante sus ciudadanos. Sólo gracias a Xavier y a otros como él cambiaron las tornas. Pero antes pasaron muchas cosas. Y Xavier tenía pruebas. Srebrenica...

-...Srebrenica...

- Allí había un contingente de cascos azules

holandeses. Se retiraron antes del asalto final de los serbios. Había miles de civiles refugiados. Fue una masacre, los cazaron como a ratas cuando trataron de huir por las montañas. Xavier supo de quien fue la orden de que los holandeses se fueran. Incluso tenía pruebas. Lo hicieron para obligarnos a aceptar la paz que diseñaron quienes controlaban todo esto.

-Santo Dios...

El taxi paró ante el edificio de oficinas. Era casi la hora del cierre, pero Christine sabía que Linô solía quedarse hasta tarde. Salieron y fueron a buscarle.

V.

Xavier se acomodó en el asiento, y el avión despegó hacia Mallorca. Al cabo de un rato una azafata se acercó a él.

- ¿Xavier Genet?

- Si, soy yo.

Con una sonrisa profesional y rutinaria, la azafata le entregó un pequeño paquete. En él Xavier encontró una dirección, el número de un apartado de correos de Palma y su correspondiente llavecita, junto con cierta cantidad de dinero. Lo introdujo todo en su bolsa y extrajo de ella sus notas, que empezó a revisar de nuevo. Allí

estaban las que tomó en Amsterdam, cuando entrevistó a Frederick.

Frederick...aquello le impresionó. Contactó con él a través de Arturo. Se citaron en el reservado de una cervecería tranquila, en la que algunos turistas reposaban del ajetreo de su deambular fascinado por las calles de la ciudad. Frederick era un tipo fornido, un auténtico gigantón de cerca de dos metros, rubio y de ojos muy claros. Era el hombre de confianza del jefe del batallón holandés. Estaba nervioso, insistió hasta el hastío en que su identidad no fuera revelada. Tenía miedo. El vio como una y otra vez les negaron los refuerzos que solicitaban. Los serbios habían roto las defensas de la Armija, el ejército regular bosnio, y empezaban a penetrar en los barrios periféricos. Los refugiados, desnutridos, agotados, empezaban a huir presa del pánico. Ni siquiera les enviaron armamento pesado. La misma ONU, que había declarado Srebrenica "zona segura", les impedía intervenir en defensa de la ciudad. Llegó la orden de retirada. Sus soldados estaban desmoralizados, no podían comprender que hacían allí, parados, contemplando el desastre con los brazos cruzados y con orden de velar sólo por su propia seguridad. Entonces llegó la orden de retirada. Frederick

y otro grupo de oficiales se negaron a marcharse sin más. El jefe del batallón le llevó aparte. Y se lo contó todo. De donde provenían la orden, cual era su sentido. Se retiraron. Srebrenica aún aguantó algunos días. Hubo miles de muertos. Frederick pidió que le devolvieran a casa, se licenció. Le contó todo esto, al final no pudo contenerse, empezó a llorar. "Alguien debería responder por esto", le dijo al final. El mismo apagó la grabadora. Le dio unos negativos, le estrechó la mano y le deseo suerte, después se marchó. Se voló los sesos un par de días después. Pidió un refresco. Ya no podía evitar buscar entre los demás viajeros una mirada sospechosa, un ademán revelador. ¿La señora que hojeaba el "Vogue" sin demasiado interés? ¿El joven que parecía dormitar con el walkman conectado? Se sentía en medio de una pesadilla ajena. Jamás supuso que esto llegaría tan lejos. Pensó en Christine. "Sarajevo o yo", le dijo la última noche, en una de sus escapadas a París, "escoge". El volvió a Sarajevo la mañana siguiente. Los papeles de la separación llegaron quince días después. Los firmó sin leerlos, mientras de fondo resonaba el sucio, eficaz oficio de algún francotirador.

VI.

Philippe Linô era un hombre corriente, cincuentón, entrado en carnes, que fumaba un cigarrillo tras otro y trabajaba escuchando a Mahler. Su despacho era amplio y ordenado, la moqueta verde oscuro y los originales y notas meticulosamente ordenados en montones sobre su mesa. Se levantó para recibirles. Abrazó a Christine, que le presentó a Nermin. Se sentaron. - Xavier llamó esta mañana. Estaba en Barcelona, iba a coger un avión, no me dijo a dónde. Me pidió que destruyera sus notas, las cassettes, los negativos. Cuando se fue de tu casa -dijo mirando a Christine- lo dejó todo aquí. Yo no las había leído todavía, pero él me había dicho lo que contenían. Lo destruí todo esta mañana. Dijo que todo iba bien, que pronto se solucionaría este asunto y volvería a París.

Nermin golpeo el brazo de su silla. Tenía el gesto crispado y musitó algo en su idioma. -¿Está en apuros, verdad? -preguntó Linô. - Graves apuros -dijo Nermin-, se está jugando la vida. Esos documentos podrían haber ayudado algo.

- Lo siento. Somos amigos desde hace quince años. Si lo hubiera sabido... Pero su tono ...Era imperativo, no podía hacer otra cosa. Era su

trabajo.

Linô se levantó y empezó a pasearse por la habitación, visiblemente afectado. Quedaron en silencio. Nermin se levantó, y Christine lo hizo a un gesto suyo.

- Xavier me había hablado de tí. De Sarajevo. Te debía la vida. Si pudiese hacer algo... Nermin le tendió una tarjeta.

- Es mi número privado. El de la embajada está intervenido. Llámame si surge algo. Se encaminaron hacia la salida.

- Christine...-se oyó la voz de Linô, temblorosa. Se dieron la vuelta. Linô les tendía un sobre grande, de aspecto pesado, sin abrir. Por primera vez en ese día, Nermin sonrió.

VII.

- Me la estoy jugando, Arturo. Por tus muertos, no me vuelvas a pedir algo así. Recibimos órdenes muy claras desde arriba de no tocar este asunto. Si se enteran, estoy jodido.

Pepe era guardia civil, llevaba más de quince años en el CESID. Un buen tipo, pensó Arturo, curtido en los destinos más difíciles: Líbano, El Salvador...En ciertos mundos, nunca sabes cuando vas a tener que devolver un favor. Se reunieron en una tasquita del Madrid viejo, la misma en

la que un lustro antes Arturo prometió guardar en el cajón cierta información sobre una operación no demasiado limpia contra ETA.

- Tu hombre cogió el puente aereo para Barcelona hace 36 horas. Los alemanes hicieron gestiones al más alto nivel para que nuestra gente allí retuvieran a dos tipos que le seguían y que iban en su mismo avión. Por simple rutina, hicimos nuestro propio seguimiento del caso. Llegó, se vio con un par de tipos, a uno de ellos le conocíamos, un tal Roham, que trabajó en el consulado alemán en Barcelona. Y después se marchó para Palma. Lo cachondo del caso...

- ¿Qué coño es lo cachondo del caso? -interpeló Arturo, visiblemente azorado.

- Pues que los tipos a los que teníamos que retener... joder, Arturo, me huelo que esto es grave. Esos tipos también eran alemanes. Gente a la que no teníamos controlada. No se quema a dos agentes en una operación de trámite. Eso me picó la curiosidad, así que seguí por mi cuenta. El tipo con el que tu hombre se vio era Karl Schumann. Un clásico. Berlín Oriental, Viena, Budapest, cosas gordas, intercambios de rehenes, historias así. Fue una de las piezas clave de los alemanes en Yugo eslavía, primero en Croacia y luego en Sarajevo.

Arturo empezó a hilar cabos. Tenía que llamar a Nermin. Xavier no sabía dónde se había metido. Se levantó y pagó las cañas.

-Arturo, una cosa más. Me olí lo que estaba pasando, así que llamé a un compañero de promoción que trabaja por libre en Mallorca. Un tipo que coincide con la descripción de Schumann, aunque con otro nombre, llegó esta mañana a Palma desde Barcelona.

Pepe se marchó, aliviado, no sin antes insistir a Arturo una vez más de lo que se jugaba. A Arturo, con todo, le preocupaba más lo que se jugaba Xavier. Volvió a casa. Por el camino recordó la primera borrachera con Xavier en el Holiday Inn. de Sarajevo. Bombazos a quinientos metros, Xavier, con su barbita, y su cuerpo de profesor de educación física, y hasta su licenciatura en ciencias políticas, todo él arrastrándose por la habitación con litro y medio de bourbon en el cuerpo, celebrando como se celebra en el oficio la recepción de los papeles de separación. Arturo ya se lo sabía, a él le llegaron a Beirut, se fue de putas y no paró hasta fumarse toda la cosecha de haschisch del valle de la Bekka. Xavier tenía más clase, así que se limitó a enseñarle fotos de su mujer, contarle lo bien que se lo hacía y beber hasta no poder levantarse del suelo. Estaba

buena, la francesa, bajita, morena, con cara de universitaria, una delicia. "La puta guerra", pensó, "la puta guerra una vez más".

VIII.

Nermin revisaba una y otra vez los contenidos de aquellos cinco disquettes en el ordenador de la Embajada. Hicieron sitio para Christine, Poljo les había avisado: habían estado en su casa. La cerradura no había aguantado mucho, y lo habían hecho con disimulo. Cualquier otro no se hubiera dado cuenta de ello. Pero Poljo había pasado directamente del instituto al frente, y de ahí a Inteligencia. Era la sombra de Nermin, se comunicaban casi sin palabras, trabajaban como un engranaje de relojería. El teléfono de Nermin sonó al borde de la medianoche. Malas noticias desde Madrid.

- Le han tendido una trampa. Le han conducido como a una res al matadero. Le han llevado a Mallorca para matarlo. Los alemanes. Los croatas. Los franceses. Todos. Poljo, reserva billetes para allá, lo primero que salga. Quizás aún lleguemos a tiempo.

El secretario de la embajada estaba de pie, apoyado en la pared, sin decir palabra, observándoles trabajar. Era un veterano de la

Armija, Mostar, Sarajevo.

- Nermin...

- Es uno de los nuestros. Sin peros.

- No sé si en Sarajevo aprobarían todo esto.

Christine, acomodada en un sillón, no entendía palabra de aquel idioma un tanto cavernoso, lleno de sonidos aristados, tan diferente al francés. Pero comprendía que la suerte de Xavier se estaba jugando en aquella habitación.

- Confío en tí para que de momento nadie sepa allí todo esto. 48 horas, Gôran. 48 horas por un hombre que se dejó la piel en Sarajevo. Gôran asintió lentamente. Nermin se sentó junto a Christine mientras Poljo se ponía en marcha.

- Poljo y yo nos vamos a Mallorca. Xavier está allí. Le han tendido una trampa. Quizás esté muerto cuando lleguemos. Esperanos aquí, estarás segura. Si le sacamos de esta estaremos de vuelta muy pronto.

Christine empezó a llorar. Nermin la abrazó. Hizo un gesto a Gôran, que delicadamente, con la ardua delicadeza de un soldado, la hizo incorporarse y la condujo hacia la puerta.

- Nermin...-musitó-, si hablas con él...dile...

Nermin le selló la boca con el índice, y sonrió.

- Sé lo que quieres que le diga.

IX.

Xavier alquiló un coche en el aeropuerto. Preguntó el camino a la dirección que Karl le había hecho llegar. Estaba en las afueras, cerca de la playa. Era una sucesión de pequeños bungalows blancos con un pequeño edificio de recreo cerca. Uno de los bungalows estaba alquilado por dos meses a su nombre. Eso le confortó. Supuso que en ese plazo las cosas estarían más o menos arregladas. Que podría volver a ver a Christine. Quizás fuera el momento de... Sonrió para sus adentros y apartó ese pensamiento. Se aseó y fue al restaurante a cenar algo. Le habían dejado incluso algo de ropa de su talla allí. Después, ya anochecido, fue hasta la playa. Se bajaba por unas escaleras talladas en la roca, y justo antes había un chiringo de piedra y caña de aspecto acogedor, con mesitas de madera y suelo de arena, lleno de flores de albahaca para ahuyentar a los mosquitos. Pidió una copa -su primera copa en dos meses- y empezó a charlar con unos turistas belgas que como él se habían sentado alrededor del pianista que desgranaba con parsimonia mediterranea temas de Thelonius Monk y Charlie Parker. "Donna Lee", pensó, la canción favorita de Christine. Se retiró tarde, un poco borracho

y con una de las turistas belgas. Le hizo el amor con dulzura, con una dulzura impropia de un encuentro casual, y aferró con una fuerza extraña su mano antes de quedarse dormido. El rumor del mar era como un bálsamo. Empezó a pensar seriamente que saldría con vida del asunto. Eso le hizo relajarse del todo y conciliar un sueño plácido e infantil. Sarajevo estaba, al fin, muy lejos.

Por la mañana desayunó con Karin, su amiga belga, y sus compañeros. Era periodista, les dijo, hacía la crónica de sucesos de un periódico francés de provincias. La mentira le hizo sonreír por dentro y pensó que a lo mejor era lo que deseaba. Tras el almuerzo alegó un encuentro con un viejo amigo para disculparse por no ir a una excursión costera con todos ellos, se citó con Karin en el chiringuito de piedra y caña esa misma noche y salió para Palma. No quería demorarse en recoger lo que hubiera en aquel apartado de correos. ¿Instrucciones? Posiblemente.

Una hora después llegaron dos hombres de expresión adusta. Preguntaron por él en inglés con acento eslavo. Estaban cansados y nerviosos. Uno era joven y rubicundo, el otro de mediana edad, de aspecto militar, coincidieron todos, al

declarar luego ante la policía española. Nermin y Poljo supieron por los empleados de la empresa de alquiler de coches hacia dónde se había encaminado Xavier, y por el recepcionista que se había marchado a Palma, incluso había dejado pasar una velada playera con sus amigos belgas. Nermin se encaminó hacia la playa, Poljo forzó con delicadeza la cerradura del bungalow de Xavier y entró. Todo en orden, nada revelador a la vista. Ni rastro de papeles, que Xavier se había llevado consigo a Palma. Se encontraron en la playa. Salieron después para Palma. Deambularon sin rumbo fijo por la ciudad, mostrando una fotografía de Xavier en algunos bares. Ni rastro. Agotados, se sentaron en un pequeño parquecito con palmeras y bancos de hierro forjado. Trataban de establecer una estrategia cuando oyeron el furioso temblor de una explosión a escasas manzanas de distancia, y al poco el ulular histérico de las sirenas en camino hacia la oficina central de correos de Palma de Mallorca.

X.

Se citaron casi un mes después en uno de los puentes del Sena. Volvía a ser media tarde, y se abrazaron con pesar compartido. Caminaron en

silencio un rato, hasta que Nermin paró en seco. Apartando la mirada del rostro de Christine, apenas articuló dos palabras.

-Lo siento...

-No fue tu culpa. Y lo sabes. Hiciste lo que pudiste. Incluso más. Simplemente, no bastó. Siguieron caminando.

- ¿Y qué sucederá ahora? -preguntó Christine.

- Nada. Exactamente eso: nada. Mi gobierno exigió que remitiésemos inmediatamente los documentos a Sarajevo. Supongo que estarán encima de una mesa y servirán para negociar esto o aquello. Algunos millones más, un par de condenas en La Haya. Mercancías que se compensan con otras mercancías.

- ¿Qué harás ahora?

- Pedí el retiro, aunque fui el último en saberlo. Con la paga íntegra, eso sí. He comprado una casita cerca de Sarajevo. Arturo me ha invitado a pasar unos días en Madrid con él. Espero encontrar una mujer que me soporte y me ayude a olvidarme de todo esto. Jugar al ajedrez por las tardes. En el instituto fui campeón de ajedrez. Nermin no pudo contener las lágrimas. Christine le abrazó con fuerza, hasta que se serenó.
- Puse mis condiciones, yo también. Te dejarán en paz, y a Linô, siempre y cuando mantengais

la boca cerrada. Tampoco les preocupa que no lo hagais. Las pruebas han desaparecido, dentro de poco nadie se acordará de nada, a nadie le importará lo que ocurrió en Srebrenica. El tiempo va borrando las caras de los muertos, hasta que son sólo uno, uno sólo, un muerto grave y pesaroso del que nadie quiere haber sido familia, o amigo.

- Xavier...

- Era un buen hombre. Te quería. Si quieres saber algo más...

Nermin extrajo un disquette de su chaqueta y lo puso en las manos de Christine.

-Estaba entre sus textos. Es personal, así que supuse que no entraba dentro de lo que podría ser de interés para mi gobierno.

Nermin hizo un gesto. Se marchaba.

- Buena suerte -le sonrió triste Christine.

- Buena suerte -se despidió Nermin. Christine siguió caminando. Sólo volvió a su estudio ya anochecido. París ardía en luces, se contoneaba como las chicas alegres de Pigalle, festiva, sensual. Introdujo el disquette y dio al ordenador orden de imprimir su contenido. La impresora comenzó silenciosa su cometido. Preparó una taza de café y se sentó. Cuando concluyó la impresión, tomó con suavidad el

pequeño montón de folios y comenzó a leer.

"Me llamo Xavier Genet, y soy corresponsal de guerra. Narro día a día los hechos del asedio de Sarajevo, y trato de comprender las razones de esta sinrazón, aunque cada minuto que pasa, mientras más observo e investigo, menos me parece comprender. De hecho, creo que lo único que en medio de este horror puede servirnos para mantener la cordura es amar la vida tan intensamente como yo lo hago..."

Premio de Relatos Villa de Hervás 1997.
Publicado originalmente en la revista El Cuadernillo nº 12 (1998).

